

# • MARTI Y LA ORATORIA

*Dr. RAUL CARRANCA Y TRUJILLO.  
Director de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.,*

Los que pudieron escuchar a José Martí discursante, nos lo han revelado para la posteridad.

Uno es Néstor Carbonell (Discurso en la Academia Nacional de Artes y Letras de Cuba, 28 de enero de 1922): "Cuantos le escucharon perorar días enteros, sin flaquezas ni cansancios ni fatigas, brillante y originalmente, no lo comparan con ningún otro orador porque saben que no tiene comparación: que era único. Único por la forma y por el fondo, por el ademán con que acompañaba la palabra, por el timbre de la voz, cálida, emotiva, que parecía, a compás del asunto que la inspiraba, trino de jilguero, grito de águila, redoble de tambor, susurro de arroyuelo, retumbar de catarata, es decir, la orquestación del caos, todas las notas, desde la más suave hasta la más recia, puestas al servicio de ideas nobles, de conceptos puros, de empeños generosos. Verbo-motor en el más alto grado, hubiera podido estar hablando mientras las fuerzas físicas no le faltaran. De él pudo decirse lo que de Thiers: los pensamientos nacían tan de prisa en su cabeza que dijérase los daba a luz antes de concebirlos. ¿Quién que lo oyó no lo recuerda, lento y pausado al comenzar y luego, cuando la corriente de afinidad entre el auditorio y él se establecía, levantando el tono, ascender en el torbellino de la imaginación a alturas inconmensurables, para, de súbito, cuando pudiera creérsele perdido entre las nubes, fatigado, expuesto a despeñarse con estrépito, iniciar el descenso, sereno, tranquilo, majestuosamente, entre razonamientos filosóficos, lógicas conclusiones y sentencias profundas? Porque Martí jamás vino a tierra como un bólido, desde las cumbres donde se remontó, llevado por la inspiración; pájaro portentoso, si abandonaba el picacho de la montaña era para volver al llano como a un blando nido.

"Semejante al modelo de improvisador forjado por Timón, al subir a la tribuna rara vez sabía lo que iba a decir ni cómo lo iba a decir. El no preparaba sus discursos. Desde los comienzos de su vida pública los improvisó. No le sedujo el método de Quintiliano el verboso, que los escribía antes de pronunciarlos. En silencio antes de romper a hablar, apoyaba la barba en la mano, el oído atento, la mirada amplia e inquieta y disponía, clasificaba, ordenaba sus almacenes intelectuales y acariciaba los puntos a tratar. Pero era frente al auditorio ansioso donde conformaba sus pensamientos, vestía sus ideas y las mostraba en amasado retórico, apretadas y relucientes, como bata-

llones de soldados, desnudos los aceros bajo el sol. No era él un comediante que recitaba lo que había aprendido de memoria y había ensayado frente al espejo; era un poseído de la elocuencia. Su preparación era exclusivamente meditativa porque el lenguaje le obedecía después. Así, sin caer en tartajeos ni farfulleos, iban los párrafos saliendo de sus labios uno tras otro como aguas de un torrente inagotable de modulaciones armoniosas, donde saltaban tropos, serpenteaban apóstrofes y se abrían como rosas rojas metáforas estu- pendas; así electrizaba, así imantaba, así sugestionaba, así se apoderaba de la voluntad de los oyentes. Y así conquistó adeptos para la libertad”.

“Tuvo a su disposición las cualidades todas que Maurice Ajam estima indis- pensables para ser un buen orador: magnífico órgano auditivo, memoria indemne de lesión, admirable mecanismo de emoción interna y excelente fa- cultad para expresarse. Además, qué estilo el suyo. Jamás lugares comunes ni banalidades ni vulgaridades salieron de su boca. Su léxico era sublime. Oyéndolo se vislumbraban cabalgatas deslumbrantes de astros y el pensa- miento, como cuando lo extraordinario pasa, cobraba vuelos y el alma se ha- cía llamas. Hay deformidades en sus discursos y desigualdades, como que el genio es desigual, proteico, monstruoso. Sus discursos son bosques, pero no bosques bien peinados y poblados sino bosques salvajes...”

Vargas Vila, el colombiano, lo recuerda así: “En el estrado, de pie, un tanto encorvado, como si le pesasen con la fatiga de su andanza misionera las miserias de su nación esclava, así comenzaba sus discursos, familiar, amable, con la sonrisa dibujada sobre los labios tristes. Sin arrogancia ni porte decla- matorio, con sencilla naturalidad, iniciaba, más que un discurso, una con- versación. A la espalda el brazo, apoyada la otra mano delante de sí, fluía serenamente su voz sin acritudes, persuasivo, alentando, contagiando, como quien habla de un sueño bello y doloroso del que no ha salido todavía y que termina por hacer soñar a los demás. Hablaba del patriotismo, del deber, del sacrificio, de los largos dolores de la espera... y callaba luego, como si un mar de dolores gritase en su corazón. Lentamente Martí se erguía, echaba atrás la cabeza enorme con un gesto de audacia rebelde, centelleaban las ideas agolpándose tras de la frente, la inspiración se desbordaba y del poeta arrancaba ya el triunfo irresistible; y el auditorio se poblaba de pupilas en- cendidas, de rostros transfigurados por la pasión contagiosa y por el ansia; y el entusiasmo heroico reventaba inconteniblemente en el aplauso. Había lle- gado al alma del auditorio. Llegar al alma del pueblo era todo el objeto de los discursos de Martí”.

Y Salvador García Agüero, que también le escuchó, recoge así su remem- branza: “La difícil maestría con que manejaba el idioma, la complicada es- tructura de su sintaxis, acomodándose a la frondosidad intrincada y al par- precisa del pensamiento; la multiplicidad orquestal del tono, desde la ternu- ra hasta la imprecaación: persuasivo, conminatorio, conciliador y agresivo, pro- tector y rebelde, poderoso hasta en la humildad y enfático, y pictórico y so- moro... Su exposición era a menudo tan deslumbrante, tan compleja y fron- dosa, y las alusiones y sugerencias y metáforas a veces tan propias de su cultura y tan distantes de la de muchos de sus oyentes, que no es arriesgado suponer en algunos casos lagunas en la perfecta interpretación de sus pala- bras” (“Martí orador”).

De la obra oratoria de Martí sólo unos cuantos discursos se han salvado y llegado hasta la posteridad, aunque ninguno fuera olvidado por los que lo escucharon. Desde que en España, casi niño, en la Logia "Armonía", comenzó a volcar su imaginación ardiente en el vaso de la palabra justa y cada 27 de noviembre reclamaron su contribución los cubanos expatriados en la metrópoli; desde que en Zaragoza pronunció más de una oración patriótica, soltando riendas a los corceles de su verbo apasionado; desde que, después, en México, por el 1875, en el Liceo Hidalgo hizo su presentación como orador, hiriendo vivamente el espíritu selecto de su auditorio, que lo recordó perdurablemente, como en sus investigaciones minuciosas lo ha puesto de manifiesto Camilo Carrancá al estudiar ese momento de la vida de Martí en México, en su monografía "Martí se revela orador en México"; desde que, cuajado ya por siempre para su misión heroica de Libertador, comenzó su prédica iluminada por el Liceo de Guanabacoa y por el de Regla, por Guatemala y Venezuela, por Nueva York y gran parte del territorio norteamericano y latinoamericanos; desde que entregó su vida a la tarea de libertar a su patria hasta que cayó en Dos Ríos el 19 de mayo de 1895, no dejó su lengua de batallar, como espada toledana, por abrir brecha en las almas por medio de la palabra portadora de la idea. El mismo había de confesar que las palabras "le salían del alma, como lava". Si una hoguera interior lo enfebrecía, la palabra era su liberación en tanto llevara también fuego, que era lo principal. Así es como se entiende que la palabra "tenga oficio todavía", como él dijo también ya que de lo contrario habrá caído en el descrédito "porque los débiles, los vanos y los ambiciosos han abusado de ella". Cuando se da a la palabra su oficio es cuando puede "caer sobre las almas" y empaparlas con la idea, para que se alimenten de ella.

Pero ¡qué recia forja la de Martí en su palabra! Tiene el castellano en Martí metales nuevos, acentos propios y sonoridades inconfundibles. Pudiera decirse que el cuño que imprime Martí a su palabra le nace del oído, pasa a las aduanas del cerebro para requintar los metales nobles y vuelve al oído para darse, a plena luz, a quienes son capaces de estimarlo. No es fácil el estilo sino muy trabajado en los oscuros talleres de la subconsciencia; pero tan conlevado ha sido, a lo largo de vigiliyas y obsesiones, que fluye ya naturalmente, espontáneamente, con difícil facilidad. El orador ha perorado dejándose llevar por la comunión flúida con su auditorio; pero su palabra se ha perdido en volutas de aire y ni un taquígrafo hubo para recogerla. Entonces, requerido por sus oyentes, se inclina sobre la cuartilla para recomponer las oraciones que salieron de sus labios en palabras apasionadas. Y esa reconstrucción le hace recalentar sus emociones y hablar de nuevo, otra vez en palabras, pero sólo para sí mismo repetidas, para el Poeta que exige justeza en los sonidos, música heroica en los períodos. Y así se hace de nuevo el discurso, que ha llegado hasta nosotros para que lo leamos en voz alta. Oigamos algo de lo que contiene:

"¿Qué sucede, de pronto, que el mundo se para a oír, a maravillarse, a venerar? ¡De debajo de la capucha de Torquemada sale, ensangrentado y acero en mano, el Continente redimido! Libres se declaran los pueblos todos de América a la vez. Surge Bolívar con su cohorte de astros. Los volcanes, sacudiendo los flancos con estruendo, lo aclaman y publican ¡A caballo la Amé-

rica entera! Y resuenan en la noche, con todas las estrellas encendidas, por llanos y por montes, los cascacos redentores. Hablándoles a sus indios va el clérigo de México. Con la lanza en la boca pasan la corriente desnuda los indios venezolanos. Los rotos de Chile marchan juntos, brazo en brazo, con los cholos del Perú. Con el gorro frigio del liberto van los negros cantando, detrás del estandarte azul. De poncho y bota de potro, ondeando las bolas, van, a escape de triunfo, los escuadrones de gauchos. Cabalgan, suelto el cabello, los pehuenches resucitados, volando sobre la cabeza la chuza emplumada. Pintados de guerrear vienen tendidos sobre el cuello los araucos, con la lanza de tacuarilla coronada de plumas de colores; y al alba, cuando la luz virgen se derrama por los despeñaderos, se ve a San Martín, allá sobre la nieve, cresta del monte y corona de la Revolución, que va, envuelto en su capa de batalla, cruzando los Andes. ¿A dónde va la América y quién la junta y guía? Sola, y como un solo pueblo, se levanta. Sola pelea. “¡Vencerá sola!” (“Madre América”, Nueva York, 19 de diciembre de 1889).

Si la Revolución de Independencia Americana ha merecido una sinfonía heroica en música de palabras castellanas, ninguna como ésta que Martí le forjó con los cincelos de su genio arrebatador. Qué adjetivación tan picuda, qué ritmo de cabalgata en andante veethoveniano, qué acentuación rotunda para cerrar el período gramatical y qué grandeza de horizontes andinos en la descripción, llena de colorido. Cuanto tiene de escultórico el idioma, Martí lo poseyó; y con su imaginación de poeta en trance plasmó para siempre el desfile heroico de nuestros Libertadores llenando el anfiteatro de montañas de nuestra América.

Pero no es todo. Si nuestra América ha merecido un visionario que le enseñe rumbos, en Martí lo ha tenido. Escuchémoslo otra vez:

“De aquella América enconada y turbia, que brotó con las espinas en la frente y las palabras como lava saliendo, junto con la sangre, del pecho, por la mordaza mal rota, hemos venido, a puño de brazo, a nuestra América de hoy, heroica y trabajadora a la vez y franca y vigilante, con Bolívar de un brazo y Herbert Spencer de otro; una América sin suspicacias pueriles ni confianzas cándidas, que convida sin miedo a la fortuna de su hogar a las razas todas, porque sabe que es la América de la defensa de Buenos Aires y de la resistencia del Callao, la América del Cerro de las Campanas y de la Nueva Troya. ¿Y preferiría a su porvenir, que es el de nivelar en la paz libre, sin codicias de lobo ni prevenciones de sacristán, los apetitos y los odios del mundo; preferiría a este oficio grandioso el de desmigajarse en las manos de sus propios hijos, o desintegrarse en vez de unirse más, o por celos de vecindad, mentir a lo que está escrito por la fama y los astros y la historia, o andar de zaga de quien se le ofreciese de zagal, o salir por el mundo de limosnera, a que le dejen caer en el plato la riqueza temible? ¡Sólo perdura, y es para bien, la riqueza que se crea y la libertad que se conquista con las propias manos! Rivadavia, el de la corbata siempre blanca, dijo que estos países se salvarían; y estos países se han salvado. Se ha arado en la mar. También nuestra América levanta palacios y congrega el sobrante útil del universo oprimido; también doma la selva y le lleva el libro y el periódico, el municipio y el ferrocarril; también nuestra América, con el sol en la frente, surge sobre los desiertos coronada de ciudades. Y, al reaparecer en esta crisis de

elaboración de nuestros pueblos los elementos que lo constituyeron, el criollo independiente es el que domina y se asegura; no el indio de espuela, marcado de la fusta, que sujeta el estribo y le pone adentro el pie, para que se vea de más alto a su señor". ("Madre América").

Para un genio extraordinario, sin fronteras en lo heroico, como Bolívar, nadie como otro genio, sin fronteras en la imaginación, como Martí. Su discurso en honor del héroe de América (28 de octubre de 1893) no tiene par en los fastos de la oratoria americana. De él son estos períodos, sólo comparables en emoción arrebatadora a algunos tiempos de la "Heroica" de Beethoven:

"Vivió como entre llamas, y lo era. Ama, y lo que dice es como florón de fuego. Amigo, se le muere el hombre honrado a quien quería, y manda que todo cese a su alrededor. Enlence, en lo que anda el posta más ligero barre con un ejército naciente todo lo que hay de Tenerife a Cúcuta. Pelea, y en lo más afligido del combate, cuando se le vuelven suplicantes todos los ojos, manda que le desensillen el caballo. Escribe, y es como cuando en lo alto de una cordillera se coge y cierra de súbito la tormenta y es bruma; y lobreguez el valle todo, y a tajos abre la luz celeste la cerrazón, y cuelgan de un lado y otra las nubes por los picos, mientras en lo hondo luce el valle fresco con el primor de todos sus colores. Como los montes era él, ancho en la base, con las raíces en las del mundo, y por la cumbre enhiesto y afilado, como para penetrar mejor en el cielo rebelde. Se le ve golpeando, con el sable de puño de oro, en las puertas de la gloria. Cree en el cielo, en los dioses, en los inmortales, en el dios de Colombia, en el genio de América y en su destino. La gloria lo circunda, inflama y arrebatada. Vencer, ¿no es el sello de la divinidad? Vencer a los hombres, a los ríos hinchados, a los volcanes, a los siglos, a la Naturaleza. Siglos, ¿cómo los desharía si no pudiera hacerlos? ¿No desata razas, no desencanta el Continente, no evoca pueblos, no ha recorrido con las banderas de la redención más mundo que ningún conquistador con las de la tiranía, no habla desde el Chimborazo con la eternidad y tiene a sus plantas en el Potosí, bajo el pabellón de Colombia picado de cóndores, una de las obras más bárbaras y tenaces de la historia humana? ¿No le acatan las ciudades y los poderes de esta vida, y los émulos enamorados o sumidos, y los genios del orbe nuevo y las hermosuras? Como el Sol llega a creerse, por lo que deshiela y fecunda, y por lo que ilumina y abrasa".

Pero si la palabra vale por la idea a la que sirve no podía en Martí ser de otro modo. Lo que él buscaba era llegar al alma de su auditorio. ¿Y para qué? Para sembrar y difundir el amor a la libertad de Cuba. Si la libertad exigía una guerra libertadora, para sembrar y difundir la resolución de morir por la libertad, si era preciso. La Libertad y la Muerte suelen ir juntas, como hermanas. Un alma apasionadamente enamorada de la Libertad no puede dejar de sentir la muerte como compañera inseparable. Y cuando se está seguro de que el destino lo ha señalado a uno para servir a la Libertad a costa de la vida, se puede ser suavemente cordial con los demás a toda hora, pero no se puede dejar de ser soberbio, porque ha sido uno elegido de los dioses. Rubén Darío advertía en Martí la diferencia entre "el raso y la blandura de su trato familiar" y sus "violentos cobres oratorios"; Vargas Vila veía que "la simplicidad, esa virtud de los humildes y de los santos, estaba en su alma".

pero no estaba en su estilo". Como que su entrañable amor a la Libertad, aún a costa de la vida, le hacía sentirse paradigma humano. Por ello pudo decir (1891): "Yo quiero que la ley primera de nuestra República sea el culto a la dignidad plena del hombre. En la mejilla ha de sentir todo hombre verdadero el golpe que recibe cualquier mejilla, de hombre. Sáquese a lucir y a incendiar las almas y a vibrar como el rayo, a la Verdad, y siganla, libres, los hombres honrados". Y porque no hay dignidad sin libertad, aunque cueste la vida, fue Martí el propagandista heroico de la Revolución Libertadora, la que se inició en Bayate el 24 de febrero de 1895 y tres años después selló la independencia cubana; una Revolución empapada en la emoción libertaria que le transmitió Martí cuando en un discurso comenzó así: "Para Cuba que sufre, la primera palabra. De altar se ha de tomar a Cuba para ofrendarle nuestra vida, no de pedestal para levantarnos sobre ella". (Liceo Cubano, Tampa, 26 de noviembre, 1891).

La libertad de Cuba era para Martí el último eslabón de una cadena que seguía pesando sobre toda nuestra América, del Bravo a Magallanes. Ni un palmo de tierra para el coloniaje, tal era lo que América reclamaba. Y en tanto un palmo de tierra no fuera libre, América no se habría encontrado a sí misma. Lo que Martí perseguía con la libertad de Cuba era que América se encontrara a sí misma, para siempre. Lejos los mitos seductores de las mitologías y de las historias europeas. América tiene derecho a sí misma. "La Universidad europea ha de ceder a la Universidad americana. La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas". ("El partido liberal", 1891).

Este amor entrañable y doloroso, el amor a nuestra América, fue la luz inextinguible en Martí. El mismo lo dijo: "Donde no se olvida y donde no hay muerte llevamos a nuestra América, como luz y como hostia" (1889). Por ese amor entrañable y doloroso se adentró en el corazón de la historia de cada uno de nuestros pueblos con delicado pie que no osa hollar el césped. Pocos como él conocieron tan a fondo a México. Y con qué delicado amor puso siempre su nombre en los puntos de su pluma, derramó su aliento al pronunciar su nombre. Véase cómo se vuelve amorosa y suave la voz de titán enamorado, cuando habla de la Tenochtitlán azteca: "¡Y qué hermosa era Tenochtitlán, la ciudad capital de los aztecas, cuando llegó a México Cortés! Era como una mañana todo el día y la ciudad parecía siempre como en feria. Las calles eran de agua unas y de tierra otras; y las plazas espaciosas y muchas; y los alrededores sembrados de una gran arboleda. Por los canales andaban las canoas, tan veloces y diestras como si tuviesen entendimiento; y había tantas a veces, que se podía andar sobre ellas como sobre la tierra firme. En unas venían frutas y en otras jarros y tazas y demás cosas de la alfarería. En los mercados hervía la gente saludándose con amor, yendo de puesto en puesto, celebrando al rey o diciendo mal de él, curioseando y vendiendo. Las casas eran de adobe, que es el ladrillo sin cocer, o de calicanto, si el dueño

era rico. Y en su pirámide de cinco terrazas se levantaba por sobre toda la ciudad, con sus cuarenta templos menores a los pies, el templo magno de Huitzilopochtli, de ébano y jaspes, con mármol como nubes y con cedros de olor, sin apagar jamás allá en el tope las llamas sagradas de sus seiscientos braseros". ("Las ruinas indias"). Véase cómo el estilo se hace terso, calmado, como arrullo de amor, a diferencia del estilo en que cuaja el huracán libertador cuando desafía a la muerte. Porque así era Martí: un huracán para arrollar todo lo que estorbaba a la libertad y un céfiro blando para embalsamar su coloquio con la novia de su corazón: América.

Y quizá, como mexicanos, nuestro orgullo esté justificado porque, después de su amor a Cuba Libre, seguía su amor a nuestro México. Aquí despertó en él la confianza en su destino y aquí nacieron en él sentimientos perdurables de solidaridad humana. "Tengo en México un amigo" es verso suyo que, como un puente de diamante, hace a México tener un amigo en Cuba. Y son de Martí estas palabras admonitorias y profundamente conmovedoras:

"¡Oh México querido! ¡Oh México adorado!... ¡Ve los peligros que te cercan! ¡Oye el clamor de un hijo tuyo, que no nació de ti! Por el Norte un vecino avieso se cuaja. Tú te ordenarás tú entenderas tú te guiarás. Yo habré muerto, oh México, por defenderte y amarte. Pero si tus manos flaqueasen y no fueses digno de tu deber continental, yo lloraría, debajo de la tierra, con lágrimas que serían luego vetas de hierro para lanzas, como un hijo clavado a su ataúd que ve que un gusano le come a la madre las entrañas".